

Al final, resulta que no era tan bueno

Para muchos, sobre todo para el comisario, sé que soy un grano en el culo. Lo sé y me gusta, qué le voy hacer. En el fondo, se lo han buscado. Voy a cumplir cuarenta y nueve y sigo en el mismo puesto, me asignan casos de mierda y compañeros que, sin lugar a dudas, sufren de cierto retraso. Aunque no me extraña, es lo que tiene la endogamia. Toda esta chusma vive en guetos y solo se entienden entre ellos. Algunos pocos, llegan a salir medio listos. Aprobar el examen de detective o de inspector, no es lo que era. Antaño, subían los de verdad, se colaban algunos enchufados, pero no duraban mucho. Rápidamente, pedían algún cargo administrativo. Eran otros tiempos. Ahora no. Todos aquellos cobardes enchufados han engendrado a estos cretinos soplapollos protegidos, ¿y quiénes son sus protectores? Pues los lerdos de sus padres, que escalaron de sus puestos administrativos y ahora manejan el cotarro ¡Mierda de sistema! ¿Quién fue el que dijo eso de...? Ah, sí, Peter, la Teoría de Peter. Este personaje teorizaba, no sin razón: Todo trabajador que es promocionado por su buena labor, es promocionado hasta alcanzar su máximo nivel de incompetencia, y ahí se queda. Pues eso.

En fin, desde que estoy en el cuerpo, he tenido varios compañeros. Los dos últimos, y que recuerdo con más cariño, son Roberto, un verdadero lerdo que se pasaba el día

profiriendo onomatopeyas monosilábicas. No tenía capacidad ni para gruñir con más de una sílaba. El labio inferior le colgaba sin tensión alguna, y podías pasarte el día pendiente de si sería capaz de retener la saliva. Con su inestimable compañía, conseguí resolver varios casos, pero no satisfacíamos ni de cerca las estadísticas requeridas por el jefe. Eso nos dejaba en la posición más relegada de la tabla de asignaciones e incentivos. Para los que seáis tan crédulos como para imaginar que el riesgo de ser policía es compensado con un sueldo más que decente, bajad de esa nube de algodón de azúcar rosa palo, haceos ese favor.

La asignación de Roberto como compañero fue mi primera advertencia. Alguien intentaba decirme algo que más adelante acabé por descubrir. A ver, soy listo, no un genio, pero lo suficientemente listo como para molestar a algunos culos bien asentados. Un par de años más tarde, Roberto fue trasladado a denuncias, era de esperar. Un par de años en homicidios y ya podía descansar en paz, concentrado exclusivamente en que, de ese desfallecido labio inferior, no rezumase el exceso de saliva.

Y después estaba Adrián. Su cabeza era como un yunque con orejas desgastadas. Después de que miréis hacia el techo formándoos esa gráfica idea, os he de decir que, el yunque desgastado también definía su discurrir. Hablaba, y mucho, pero para repetir las frases que no entendía, o la lista de doce frases amenazantes sacadas de películas de Harry el sucio,

probando no parecer idiota. Y por supuesto, ese intento era el mismo que el de un borracho forzando la marcha enderezada hacia el frente, patético. Con él como compañero, mejoraron nuestras estadísticas, él jugaba el papel de Poli Malo, pero al parecer, le supo a poco y desarrolló uno de mayor calado: llamémosle Poli Godzilla. Por descontado, todas las estadísticas mejoraron, hasta las de incidentes, brutalidad policial y destrozos del mobiliario, urbano y privado. Un día desapareció y no volví nunca más a saber de él. Tampoco me importó mucho.

Pero parece que mi suerte cambió. Alguien, en el culo de las altas esferas, debía estar en un apuro y necesitaban a gente capaz para solucionarlo. Pero qué me importa, por fin salí del agujero negro de trabajos mediocres y compañeros retrasados. Me destinaron a una unidad especial creada para solventar un tema de trata de blancas, junto con individuos de otros departamentos, que imaginé tendrían un perfil parecido al mío. Al empezar, la presentación formal del equipo, por el Capitán Plancton. Perdón, es la costumbre, no quiero empezar mal, pero ese pelo encrespado, las gafas enormes de pasta y, ante todo, el metro y medio de estatura, no me ayuda. Pero sigo. El Capitán Pedraza presentó al equipo y asignó a los compañeros, López, de Narcóticos, un chaval joven de unos veinte ocho años, me tocó a mí. Parecía espabilado. Puede que lo fuese, andaba siempre por delante de mí y quería conducir siempre. No me molestó, preferí tantear el terreno primero, yo ya soy

Al final, resulta que no era tan bueno

gato viejo y, antes de jugar, cuento las fichas. Llevaba el caso a su modo, al modo de narcóticos, imagino. No era muy hablador, salvo cuando interrogaba. Bueno, ahora estoy dándome cuenta de que no era muy hablador conmigo. Tampoco me extenderé mucho con él, no me dio la oportunidad de conocerlo muy bien. Nuestra relación acabó rápidamente. Con ese afán de adelantarse a todo, se enfrascó en una tertulia callejera con un grupo de indeseables por su cuenta y solo me dio tiempo a llamar a la ambulancia.

El Capitán trató de abroncarme, pero no fue capaz, las pruebas eran evidentes. López quería obtener méritos demasiado rápido. No le culpo, a mí también me podía la ambición a los veinte ocho. Estuve un par de días repasando las notas de López. La criptografía no era lo mío y pasar a limpio, lo que se dice un informe reglamentario, no era lo suyo. Antes de que pudiese sacar algo en claro, apareció mi actual compañero. Mr. Nieto, alias Sherlock Holmes, menudo gilipollas. Alto, estirado, delgado y, ante todo, un sabiondo. Sonrisa falsa por doquier, su tono altivo, que parece que te dé ordenes hasta cuando te da la hora. Como he dicho antes, un gilipollas.

La verdad es que va de listo, que lo sabe todo antes que nadie, pero a estos ya me los conozco. Ocultan pruebas para resolver los casos y así parecer más listos. Además, he aprendido la lección: a este no le dejo solo ni un segundo. Que vapuleen a dos de mis compañeros, empezará a oler mal.

Al final, resulta que no era tan bueno

Ayer aproveché mi nueva política respecto a los compañeros y le canté unas cuantas saetas, las escuchó desde la distancia que le otorga su supuesta mente privilegiada y creo que me entendió, aunque al iniciar de nuevo la investigación asignada, no lo demostró. Al llegar al cuartel, le encerré de un empujón en los baños y cuando le levanté el dedo, antes de empezar mi discurso, el muy mamón me agarró por la cintura, me bailó un vals hasta golpearme la cabeza con el herrumbroso secador de manos y me suelta, No me seas idiota, ni tú eres un súper detective, ni esto es Hollywood, campeón. Esta unidad sirve para cerrar la boca a algún mandamás, nada más, no tienen ninguna intención de resolver ningún caso con ella. Han juntado los desechos. Se fue cabreado, dejándome con una réplica absurda en la boca y una duda en la cabeza.

Y ahora, aquí me encuentro, sentado en el suelo, sin batería en el teléfono y sintiéndome un estúpido por no haber visto ni entendido nada durante mis dieciséis años en el cuerpo. Me dejé llevar por el orgullo mancipado por el gilipollas de Sherlock, y he querido ir de solitario para demostrar que este caso es mío y puedo resolverlo. Pero que me esté desangrando de un balazo en el estómago, tiene que decirme algo: que, al final, resulta que no era tan bueno.